

Pascal; tanto más, cuanto que mi visita quizá os obligue á mudar de habitación si no queréis que os prendan.

Abrióse la puerta del jardín, y antes de trasponerla el baroncito alargó el brazo para asir la mano de Mary. Vió Petit-Pierre el ademán, y empujando á la doncella hacia el mancebo, la dijo:

—Vamos, abrazadle, ó á lo menos dejad que os abrace: delante de mí está permitido, pues os sirvo de madre y hallo que el pobre mozo lo merece. ¡Así! Ahora vos vais por un lado y nosotros por otro. Perded cuidado, que mis asuntos no me impedirán mirar por los vuestros.—¿No podré volver á verla? preguntó tímidamente el mancebo.—Es peligroso, os lo aseguro, respondió Petit-Pierre; mas ¡qué diantre! diz que hay quien protege á los enamorados, y en él confío. Calle del Castillo, número 3. Os permito una visita, una sola ¡lo oís! ya procuraré devolvérsela.

Y habiendo tendido á Michel una mano que éste besó con respeto, dirigióse Petit-Pierre con Mary á la ciudad alta, en tanto que el mancebo se encaminaba hacia el puente Rousseau.

XXIX

DONDE COURTIN QUEDA CHASQUEADO

Mala velada fué para Courtin aquella en que la señora de la Logerie le obligó á pasarla á su lado. Con el oído aplicado á la puerta escuchó toda la conversación de la madre y del hijo, y por consiguiente toda aquella historia de la partida.

Como la marcha de Michel estorbaba todos los proyectos que por tanto tiempo había acariciado, poco satisfecho de la honra que la baronesa le dispensaba, hubiera querido re-

gresar pronto á la Logerie. Creía que evocando el recuerdo de Mary retardaría á lo menos la fuga de su joven amo, pues no debemos olvidar que en partiendo el señorito, perdía el hilo con cuya ayuda confiaba penetrar en el misterioso laberinto donde se ocultaba Petit-Pierre. Sin embargo, al verse de nuevo en su casa la señora de la Logerie había cambiado de ideas: al traer consigo á Courtin sólo pensaba en ocultarle la marcha de su hijo y librar á éste de sus preguntas y espionaje; mas era tal el desorden en que halló su casa, abandonada por algunas semanas á una compañía de soldados, que en vista de lo que á sus ojos tomaba las proporciones de catástrofe, olvidó sus primeras ideas sobre la poca confianza que el alcalde de la Logerie merecía, y detúvole con empeño á su lado para que se hiciera eco de sus quejas.

Expresada con sincera energía, la aflicción de la señora de la Logerie impidió á Courtin dejarla bajo cualquier pretexto para ir á ver lo que en la granja pasaba.

Por lo demás, era muy sagaz para no haber comprendido que la baronesa quería alejarle del mancebo; con todo, parecióle tan verdadero el pesar que la causaba la vista de los platos rotos, de los espejos quebrados, de las alfombras manchadas y del salón trocado en cuerpo de guardia é ilustrado con expresivos aunque toscos dibujos, que dudó de su primera impresión, pensando por lo mismo que no habrían inspirado desconfianza contra él á su joven amo, y que con facilidad sabría alcanzarle antes de que se hubiese embarcado.

Eran las ocho de la noche cuando la baronesa volvió á subir á su coche después de lamentar por última vez las tropelías cometidas en su casa de la Logerie, y apenas Courtin hubo dicho al postillón: Camino de París, dió á correr con dirección al cortijo, sin escuchar las últimas recomendaciones que su ama por la portezuela le dirigía.

Llegado á la granja, supo por su criada que á eso de los dos los señoritos Michel y Berta se habían marchado á Nantes, y corrió al establo para ensillar la jaca á fin de alcanzar á los fugitivos, antes de que con su precipitación diera tiempo á la fámula para enterarle del modo de locomoción que Michel había adoptado. Viendo el establo vacío, animóse Courtin al pensar en el moderado paso de su caballo, y proveyéndose de dinero y á todo evento de las insignias de su dignidad de alcalde, echó á andar más que de prisa tras del

que consideraba como fugitivo y casi como ladrón de ciertos cien mil francos que su imaginación contaba ganar con el novio de las Lobas.

Courtin corría pues como un hombre que ve arrebatados del viento sus billetes de banco, lo cual equivale á decir que iba casi tan ligero como el viento; mas no por eso dejaba de preguntar á cuantos topaba.

Nuestro alcalde solía ser preguntón hasta de sobra, y claro está que en semejante ocasión debía de serlo más que nunca.

En San Filiberto de Grandlieu le dijeron que á las siete y media de la noche habían visto su haca; preguntó quién la montaba, y el tabernero con quien hablaba no pudo darle razón por haber llamado toda su atención la resistencia del animal negándose obstinadamente á pasar de la rama de acebo á la cual solía Courtin pagar tributo cuando iba á Nantes.

Algo más lejos fué más feliz, pues diéronle tan exactas señas del jinete, que no dudó de que era el joven barón aunque le afirmasen que iba solo.

Prudente por excelencia, el alcalde de la Logerie creyó que los dos mozos se habían separado por prudencia para juntarse en otro punto. La fortuna estaba pues en su favor, ya que se los entregaba separados; si alcanzaba á Michel en Nantes, había ganado la partida.

Por lo tanto, siguió creyendo que el baroncito no se había desviado del camino, y estaba tan seguro de que había entrado ó iba á entrar en Nantes, que al llegar á la posada del *Alba* no se tomó la molestia de pedir informes al mesonero, sino que comió á toda prisa un bocado, y en vez de entrar en la ciudad donde no hubiera podido encontrar á Michel, repasó el puente Rousseau y tiró á la derecha con dirección al Pélerin.

Courtin tenía un proyecto.

Ya hemos dicho las esperanzas que en Michel fundaba.

Enamorado éste de Mary, un día ú otro confiaría á Courtin con una mira personal el secreto del retiro de su amada, y como Mary estaba al lado de Petit-Pierre, al descubrir el barón el secreto de Mary revelaría el de la duquesa.

Y si Michel se marchaba, llevábase las esperanzas de Courtin: con que era preciso que á toda costa Michel no partiera.

Y si Michel no hallaba en el lugar convenido al *Joven Carlos*, tenía que quedarse.

En cuanto á la señora de la Logerie, como entonces se encontraba camino de París, trascurriría algún tiempo antes de saber que la fuga de su hijo no había podido efectuarse, y de hallar otro medio de sacarle de la Vendée: demora más que suficiente para que Michel, gracias al estado de su convalecencia, proporcionara al astuto colono el medio de conseguir sus fines.

Aunque Courtin ignoraba todavía de qué manera llegaría al patrón del *Joven Carlos*, cuyo nombre había oído pronunciar á la baronesa, confiaba en su estrella sin sospechar que en esto se parecía á un grande hombre de la anti-güedad.

En efecto, la suerte le fué propicia.

Al llegar á la altura de Coueron divisó entre las copas de los álamos de la isla los palos de la goleta.

La vela de gavia se mecía á merced de la brisa.

Aquel era el buque que el colono buscaba.

A la tenue claridad del crepúsculo que comenzaba á confundir los objetos, al mirar Courtin la margen vió á diez pasos una larga caña horizontal á la superficie del río, de cuyo extremo pendía un bramante y un corcho que á la ventura flotaba.

La caña parecía salir de una prominencia, y aunque no se veía nada más, suponía un brazo para asirla y un pescador dueño de este brazo.

Encaminóse el colono al altillo y vió á un hombre agachado en una sinuosidad de la margen, absorto en la contemplación de las evoluciones que la corriente imprimía al pedazo de corcho.

Aquel hombre iba vestido de marinero, esto es, con pantalón de lienzo, blusa encarnada y una especie de gorro escocés.

A dos pasos de él mecíase blandamente en el río la popa de un bote cuya proa descansaba en la orilla.

Al oír las pisadas de Courtin no alzó el pescador la cabeza aunque aquel tomara la precaución de toser para anunciar su presencia y hacer de su tos significativa el prólogo de la conversación que deseaba entablar; mas no sólo guardó el pescador el más obstinado silencio, sino que ni siquiera volvió la cabeza.

—Tarde pescáis, atrevióse á decir por fin el alcalde de la Logerie.—Bien se conoce que no lo entendéis, respondió el pescador haciendo una desdeñosa mueca; sabed que es sobrado temprano, pues el pez que vale la pena sólo anda de noche, y sólo de noche se puede sacar otra cosa que pescado menudo.—Sí; pero luego será tanta la oscuridad que no veréis el corcho.—¿Qué le hace? replicó el pescador encogiendo los hombros; aquí tengo mis ojos nocturnos, prosiguió mostrando la palma de la mano.—Ya caigo: en el tacto conocéis cuando el pez muerde el cebo, dijo Courtin sentándose al lado del pescador; á mí también me agrada la pesca, y decid lo que quisierais, tengo la pretensión de entender la materia.—¡Vos entendéis la pesca con caña! dijo el aficionado con aire dudoso.—Nó, nó, respondió Courtin, la pesca con red: á ella me dedico en los ríos de la Logerie.

Courtin había aventurado este detalle local con la esperanza de que lo cogería al vuelo el hombre de la caña, á quien tomaba por algún marinero enviado por el capitán para conducir á Michel á bordo; pero el pescador no se dió por entendido, y dijo:

—Por más que me ponderéis vuestros conocimientos en el grande arte de la pesca, lo pongo en cuarentena.—¿Por qué? ¿creéis por ventura que lo monopolizáis?—Cómo ignoráis los primeros principios del arte...—¿Qué principios son esos? preguntó Courtin.—En primer lugar, el buen pescador debe guardarse de cuatro cosas.—¿De cuáles?—Del viento, de los perros, de las mujeres y de los parlanchines: bien es verdad que pudiéramos decir de tres, añadió filosóficamente el de la blusa, pues mujer y parlanchín son una misma cosa.—¡Buena! luego veréis que no he hablado sin ton ni són, cuando trate de haceros ganar un escudito.—Dejad que pesque media docena de pértigas y habré ganado más de un escudito, y habréme divertido por añadidura.—Pues os daré cuatro ó cinco francos, prosiguió Courtin, y al mismo tiempo habréis hecho bien al prójimo. ¿Digo algo?—Menos circunloquios, dijo el pescador; ¿qué me queréis? Hablad.—Que me llevéis en el bote al *Joven Carlos*, cuyas jarcias vemos desde aquí.—¡El *Joven Carlos*! dijo el marinero con el aire más inocente del mundo; ¿qué es el *Joven Carlos*?—Esto, dijo el labriego presentando al pescador su sombrero que había recogido de la orilla y en cuya

cinta estaba escrito en letras doradas: El *Joven Carlos*.—Pescador sois, no lo niego, amigo; pues ¡por mis pecados! para haber leído esto en la oscuridad es menester que tengáis como yo la vista en los dedos. Vamos á ver: ¿qué queréis del *Joven Carlos*?—¿No os he dicho poco há una palabra que os ha sorprendido?—Buen hombre, respondió el pescador, yo soy como los perros de raza, nunca ladro cuando me muerden; con que largad vuestra corredera sin cuidaros de lo que pasa en mi carena.—Sabed pues que soy el colono de la señora baronesa de la Logerie.—¿Y qué?—Y vengo de su parte, dijo Courtin cobrando audacia á medida que entraba en materia.—¿Y qué? preguntó el marinero casi en el mismo tono, aunque con más marcada impaciencia. Venís de parte de la señora de la Logerie, bueno: ¿qué venís á decirnos de su parte?—Vengo á decirnos que todo se ha frustrado, sorprendido, descubierto, y conviene que os alejéis cuanto antes.—Basta, respondió el pescador; eso no me incumbe, pues no soy más que el segundo del *Joven Carlos*; pero me habéis dicho lo bastante para concederos lo que me pedís, y vamos á navegar de conserva para arribar á las aguas del capitán, á quien contaréis vuestra historia.

Y el segundo del *Joven Carlos* arrolló tranquilamente el sedal á la caña, echóla á la barca, y empujándola vigorosamente, púsola á flote.

Hizo en seguida seña á Courtin de que se sentara en la popa, y de una palada de remo estuvo á quince varas de la margen: á los cinco minutos doblaron la isla, y luego se hallaron al costado del *Joven Carlos*, que estando en lastre salía unos doce piés del agua. Al rumor de los remos partió del buque un silbido singularmente modulado, al cual respondió el pescador con otro silbido casi semejante; presentóse á proa un bulto, el bote atracó á estribor, y echaron un cabo á los que llegaban.

El hombre de la blusa trepó por el costado del buque con la agilidad de un gato, y luego izó á Courtin, menos acostumbrado á aquella escalera náutica.

Cuando con gran contento suyo se vió de pié á bordo, el alcalde de la Logerie se halló delante de una forma humana, cuyas facciones no podía distinguir por hallarse ocultas bajo los dobleces de una gran corbata de lana arrollada al cuello de su capote de encerado, si bien conoció que se-

ría el capitán, atendida la humilde y sumisa actitud de un grumete que á su lado estaba.

—¿Quién es este hombre? preguntó el capitán al pescador aproximando al rostro del colono un farolito que tomó de manos del grumete.—Viene de parte de quien sabéis, respondió el segundo.—¡Cuerpo de tall! exclamó el capitán. Pues ¿para qué te sirven los ojos cuando has podido creer que este era un mozo de veinte años?—No soy en verdad el señor de la Logerie, dijo Courtin, sino su colono y confidente.—¡Buena! eso ya es algo, pero no todo.—Háme encargado...—¡Voto á...! no te pregunto lo que te ha encargado, cotorra, dijo el capitán escupiendo para desfogar más libremente la cólera que comenzaba á animarle; dígame que ya es algo, pero no todo.

Miró Courtin al capitán con extrañeza.

—¿Comprendes, ó nó? preguntó éste; si no comprendes, dílo pronto, y te llevaremos á tierra con todos los honores que mereces, ó sea con las costillas molidas á palos.

Cayó entonces Courtin en la cuenta de que según toda probabilidad la señora de la Logerie había convenido con el capitán del *Joven Carlos* en una señal que acreditara á su enviado, y como la ignoraba, dióse por perdido, viendo frustrados sus planes y defraudadas sus esperanzas, amén de que, cogido en la trampa como un zorro, iba á manifestarse tal como era á los ojos del joven barón.

El alcalde de la Logerie procuró salir del aprieto, aparentando aquella rústica candidez que á veces raya en idiotismo.

—¡Vaya! dijo, yo no sé más, señor; mi buena ama me ha dicho: Amigo Courtin, ya sabes que el señorito está condenado á muerte; héme entendido con un buen marino para sacarle de Francia, y creo que algún traidor nos ha denunciado: corre á decirlo al capitán, que está en Coueron, detrás de las islas. He venido, y no sé más.

En esto oyóse un recio ¡he! procedente de proa, y distraído el capitán de la enérgica respuesta que probablemente meditaba, volvióse al grumete que con el farol en la mano escuchaba boquiabierto el diálogo de su patrón y de Courtin.

—¿Qué haces aquí, Lascar, perro condenado? exclamó acompañando estas palabras de una pantomima que gracias á la rápida evolución del joven aspirante al almirantazgo le

alcanzó las partes carnosas y le envió á rodar hasta la escotilla. ¿Así cumples tu obligación? ¡A tu puesto!

Y volviéndose al segundo, dijo:

—No dejes abordar sin haber reconocido al que viene.

Aun no había acabado, cuando saltó inopinadamente á bordo el recién venido, que se sirvió del cabo con que habían izado á Courtin.

Cogió el capitán la linterna que había soltado el grumete y que por una casualidad providencial no se había apagado, llegóse al desconocido, y asiéndole por el cuello, exclamó:

—¿Con qué derecho subís á bordo sin pedir permiso?—

Subo á bordo porque conviene, respondió el hombre con el aplomo de una persona que ha cumplido su deber.—¿Qué quieres? Despacha.—Soltadme primero; bien sabéis que no huiré, habiendo venido espontáneamente.—¿Qué soltar ni qué alforjas! dijo el capitán, tenerte agarrado no es taparte la boca.—No puedo hablar cuando me aprietan de tal modo, replicó el recién venido sin intimidarse del tono de su interlocutor.—Capitán, dijo el segundo interviniendo en la cuestión, entiendo que no sois justo ¡par diez! Al que se viene con andanadas le pedís pabellón, y al que está dispuesto á izar su bandera le amarráis la driza.—Es verdad, respondió el capitán soltando á José Picaut, que tal era el recién venido.

Sacó este del bolsillo el pañuelo que le había entregado el baroncito, y presentólo al patrón del *Joven Carlos*, quien lo desdobló y contó los tres nudos con tanto escrúpulo como si se tratara de una suma de dinero.

Courtin estaba muy atento.

—Bien, dijo el capitán; estás en regla: luego hablaremos; antes quiero despachar al sugeto de popa. Tú, Antonio, dijo al segundo, lleva este mozo á la despensa y dale un vaso de ginebra.

El capitán volvió á popa y halló á Courtin sentado en un rollo de jarcias y con la cabeza apoyada en las manos, cual si no hubiese prestado la menor atención á lo que acababa de pasar en la proa. El alcalde de la Logerie parecía estar abrumado, aunque en realidad no se le había ocultado ningún detalle de la escena habida entre el capitán y José Picaut.

—¡Oh! mandad que me lleven á tierra, señor capitán,

exclamó al verle venir; no sé lo que tengo, hace rato que me siento muy malo, y paréceme que me siento morir.—¿Esas tenemos? si te quejas ya de mareo, ¡qué será antes de que hayas atravesado la línea!—¡La línea! ¡Jesús!—Sí, buen hombre; hallo muy sabrosa tu conversación, y quiero tenerle á bordo durante el viajecito que voy á emprender.—¡Quedarme aquí! exclamó el labriego fingiendo más espanto del que realmente experimentaba, ¡y mi granja! ¡y mi buena ama!—En cuanto á tu granja, te prometo que verás países donde podrás estudiar granjas modelos; y tocante á tu buena ama, yo me encargo de recomplazarla ventajosamente.—¿Por qué, buen señor? ¿De qué dimana la súbita resolución de llevarme con vos? Ved que sólo por este maréillo, ya sé me va la cabeza.—Así aprenderás á burlarte del capitán del *Joven Carlos*, palurdo bribón.—¿En qué os he ofendido, señor capitán?—Ea, dijo el marino decidido á abreviar el diálogo, responde francamente, y así no tendrás que ir á mil leguas de aquí para que se te almuercen los tiburones. ¿Quién te envía?—La señora de la Logerie ¡caramba! ¡Cuando os digo que soy su colonol! tan cierto como hay Dios.—En fin, continuó el capitán, si te envía la señora de la Logerie, te habrá dado algo para darte á conocer, una esquila, una carta, un pedazo de papel. Si nada de esto tienes, no vienes de parte suya; si no vienes de parte suya, eres un espía, y en ese caso ¡cuidado! porque te trataré como se trata á los espías.—¡Jesús! ¡Jesús! exclamó Courtin afectando afligirse más y más, yo no quiero que formen de mí tan mal concepto. Mirad, aquí tenéis unas cartas dirigidas á mí que por casualidad llevo encima; y ellas os probarán que soy el mismo Courtin que os he dicho; aquí está mi banda de alcalde... ¡oh! ¿qué más queréis para convenceros de que he dicho la verdad?—¡Tu banda de alcalde! exclamó el capitán. ¿Cómo es posible, bellaco, que si eres funcionario público y has prestado juramento al gobierno seas cómplice de un hombre que ha hecho armas contra el gobierno y está sentenciado á muerte?—¡Ah señor! porque tengo tanto cariño á mis amos, que por ellos falto á mi deber. Y si he de confesaros toda la verdad, á mi dignidad de alcalde debo el haber sabido que esta noche iban á molestaros, y habiendo advertido á la señora de la Logerie el peligro que corriais, me ha dicho: Toma este pañuelo, vé á ver al capitán del *Joven Carlos*...

—¿Te ha dicho: Toma este pañuelo?—Eso me ha dicho, á fe.—¿Dónde está ese pañuelo?—En mi faltriquera.—¡Imbécil! idiota! gagnápiro! dame acá el pañuelo.—¿Que os lo dé?—Sí.—¡Oh! con mucho gusto, tomad, tomad.

Y Courtin sacó el pañuelo.

—Daca ¡perro condenado! exclamó el capitán. ¿No te ha dicho la señora de la Logerie que me dices este pañuelo?—Sí tal, respondió Courtin con aire más y más estúpido.—Pues ¿por qué no me lo has dado?—¡Toma! porque al llegar á bordo he visto que os sonabas las narices con los dedos, y he dicho entre mí: ¡Bueno! si el capitán se suena con los dedos, no hay para qué darle el pañuelo.—¡Ya! dijo el capitán rascándose la cabeza con aire todavía perplejo; ó eres un solemne trapacero, ó muy cerrado de mollera; en todo caso, prefiero tenerte por un imbécil. Vamos á ver, dime categóricamente la causa de tu venida y lo que para mí te ha dicho la persona que te envía.—Hé aquí palabra por palabra las de mi buena ama, señor: Courtin, me ha dicho, puedo fiarme de tí ¿no es cierto?—¡Oh! sí, sí, la he respondido.—Has de saber pues que mi hijo, á quien recogiste y ocultas en tu casa con peligro de tu vida, debía evadirse esta noche á bordo del *Joven Carlos*; pero como he oído decir y como tú mismo dices, parece que todo se ha descubierto. Corre sin dilación á prevenir al digno capitán que no espere á mi hijo y huya cuanto antes, pues esta noche deben prenderle por haber contribuido á la evasión de un condenado político, y también por otras muchas cosas.

Courtin ponía ese apéndice á la frase que había preparado, presumiendo según la fisonomía del capitán del *Joven Carlos* que tal vez tendría cargada la conciencia de algunos otros pecadillos; y acaso no iba errada su perspicacia, pues el digno marino permaneció pensativo algunos momentos.

—Sígueme, dijo por fin á Courtin.

El colono obedeció pasivamente, condújole el capitán á su camarote y guardóle en él bajo llave.

Quedó Courtin á oscuras, bastante inquieto del sesgo que tomaba el asunto, y á poco oyó pasos que se dirigían al camarote.

Abrióse la puerta y entró el capitán seguido de José Picaud, y del segundo, que llevaba un farol en la mano.

—Vamos á ver, dijo el patrón del *Joven Carlos*, acabemos de una vez; desenredemos esa enmarañada madeja, ó

por el casco de mi buque que os mando dar una de chicotazos hasta que el mismo diablo llore de compasión.—Yo he dicho cuanto que decir tenía, capitán, respondió Courtin.

Estremeciéndose Picaut á esa voz, no sabiendo que el colono estuviese á bordo, y dió un paso para cerciorarse de que era él.

—¡Courtin! exclamó; el alcalde de la Logerie! Capitán, si este hombre sabe nuestro secreto, estamos perdidos.—¿Por qué? preguntó el capitán.—Porque es un traidor, un espía, un soplón.—¡Fuego de Dios! dijo el capitán, no me lo habrás de repetir muchas veces para que te crea. El tunante tiene una cara de camastrón que me da mala espina.—No os equivocáis, continuó José Picaut; yo os aseguro que es el pícaro más descarado del país de Retz.—¿Qué respondes á eso? preguntó el capitán. Di ¡voto á brios!—¡Oh! nada, dijo Picaut, le desafío á ello.

Courtin permaneció callado.

—Está visto, dijo el capitán, habré de emplear otros medios para sacarte el alma de pecado, buena pieza.

Y con un silbato de plata suspendido á una cadenilla de lo mismo, despidió el patrón un agudo y prolongado sonido.

Entraron en el camarote dos marineros y asomó una diabólica sonrisa en los labios de Courtin.

—¡Bueno! dijo éste, ahora sí que hablaré.

Y llevando al capitán á un rincón del camarote, le dijo dos palabras al oído.

—¿Es cierto lo que dices? preguntó el patrón.—Fácil es averiguarlo, respondió el colono.—Tienes razón.

Y á una señal del capitán; el segundo y los dos marineros asieron á José, quitaronle la chupa, y le rasgaron la camisa.

Acercóse entonces el capitán, dióle una fuerte palmada en el hombro, y las dos letras con que habían marcado al chuán al entrar en el presidio aparecieron del todo visibles en sus carnes.

Habían sido tales la violencia y prontitud de los tres hombres, que Picaut no había podido defenderse, y no bien advirtió de qué se trataba, hizo inauditos esfuerzos para rechazar á los que le sujetaban; pero domado por aquella triple fuerza, ya sólo podía sonrojarse y blasfemar.

—Atadle de piés y manos, gritó el capitán juzgando de

la moralidad del hombre por el certificado que en el hombro llevaba; y encerrádmelo en la bodega entre dos toneles.

Y volviéndose á Courtin, que ya respiraba aliviado, díjole:

—Perdonad, digno magistrado, si os he confundido con un bribón de ese jaez: perded cuidado, yo os prometo que si antes de tres años pegan fuego á vuestra granja, no será él quien lleve á cabo tal hazaña.

En seguida subió á cubierta, donde Courtin le oyó dar la orden de aparejar.

Convencido del peligro que corría, dábase tanta prisa el digno marino en prepararse á huir de la justicia, que pidiendo mil perdones al alcalde de la Logerie por no haberle siquiera agasajado con un vasito de aguardiente, hizole bajar al bote deseándole buen viaje y dejándole dueño de saltar á tierra en el punto que más tuviese por conveniente.

Courtin cortó como pudo la corriente del río, y cuando el esquife tocaba la arena de la orilla, vió que el *Joven Carlos* iba ya desplegando las velas.

Ocultóse entonces Courtin en la misma sinuosidad de la margen donde había visto al pescador, y al cabo de media hora escasa de espera vió que llegaba Michel, extrañando que no le acompañase Berta, sino Mary y Petit-Pierre, y al mismo tiempo alegrándose con doble motivo de su astucia, tan felizmente favorecida por la casualidad, la cual había traído allí á José Picaut como para contribuir al logro de sus fines.

Dispuesto pues á aprovechar la buena suerte que el cielo le deparaba, es de concebir que no perdiera un momento de vista á Michel, Mary y Petit-Pierre mientras permanecieron en la orilla; que cuando los tres se embarcaron en busca del buque, observara todos los rodeos y vueltas que dieron con el bote; y que cuando regresaron á Nantes, les siguiera con tanta cautela que ninguno de los tres fugitivos notó que les espiaban.

Sin embargo, á pesar de todas sus precauciones, él era el que Michel había visto en la esquina de la plaza del Bouffay, pues él era quien había seguido á los proscritos hasta la casa donde entraron.

Cuando hubieron desaparecido ya no le cupo la menor duda de que sabía dónde se ocultaba Petit-Pierre, y al pasar por delante de la puerta sacó un pedazo de yeso, hizo una

cruz en la pared, y seguro de tener al pez en la red, creyó que ya sólo faltaba recogerla y tender la mano para cobrar los cien mil francos.

XXX

DONDE SE VE QUE EL GENERAL CONTINÚA SIENDO EL MISMO

Courtin estaba muy conmovido: al desaparecer por la puerta el último de los tres personajes á quienes seguía desde Coucron, había tenido como en el páramo cuando regresaba de Aigrefeuille una visión que le parecía la más hermosa de todas. Había visto relucir á sus deslumbrados ojos una pirámide de monedas amarillas y blancas que despedían brillantes y embelesadores reflejos, con la diferencia empero de que la pirámide era mucho más alta que la antes divisada, pues cumple confesar que al ver su presa en la red, lo primero, lo único que pensó Courtin fué que sería un gran majadero si hacía partícipe de tan buena recompensa al hombre de Aigrefeuille, y un torpe insigne si no despreciaba su cooperación. Por lo tanto, resolvió no avisarle, como así estaba convenido, é ir inmediatamente á dar parte á las autoridades del descubrimiento que acababa de hacer.

Con todo, seamos justos: en medio de su grande alegría y satisfacción pensó Courtin en su joven amo, á quien sus interesadas miras iban á costar la libertad y acaso la vida; á bien que ahogó incontinentemente este intempestivo remordimiento, y para que su conciencia no levantara otro grito apretó á correr con dirección á la prefectura.

A pocos pasos, y al doblar la esquina de la calle del Mercado, topó con él un hombre que corría en dirección opuesta y derribóle contra la pared. Courtin exhaló un grito, nó de

dolor, sinó de sorpresa, pues en aquel sugeto había conocido al barón de la Logerie, á quien creía haber dejado tras la puerta que señaló con una cruz.

Era tal su pasmo, que Michel de seguro lo hubiera advertido á no estar tan sumamente preocupado; mas en aquel momento, alegrándose el barón de ver al que tomaba por amigo y creer por consiguiente que le llegaba un auxilio, hablóle en estos términos:

—Díme, Courtin, ¿has seguido la calle del Mercado?—Sí, señor barón.—Pues habrás visto á un hombre que huía.—Nó, señor barón.—Sí, Courtin, sí; es imposible que nó le hayas visto; un hombre que al parecer estaba espiando.

Courtin se puso como la grana, y serenándose luego, dijo decidido á no perder aquella inesperada probabilidad de alejar de sí toda sospecha:

—Sí, sí, es verdad: delante de mí iba un hombre que se ha detenido en frente de aquella puerta verde que de aquí veis.—¡Eso es! exclamó el mozo poseído de la idea de descubrir á quien les había espiado; Courtin, es absolutamente necesario encontrar á ese hombre, y necesito que me pruebes tu fidelidad y adhesión. ¿Por donde ha tomado?—Creo que por aquella calle, dijo el colono indicando con la mano la primera calle que vió.—Sígueme.

Michel echó á andar á paso largo en la dirección que Courtin le indicara, y éste siguiéndole se puso á reflexionar.

Por un momento tuvo el colono la idea de dejar que el señorito corriera á su placer é irse á donde se había propuesto; pero luego se alegró de no haber seguido esta primera inspiración.

Era evidente para Courtin que la casa tenía dos puertas, y pues Michel había notado que espiaban sus pasos, estaba seguro de que se habían servido de ellas para desorientar al espía, y que Petit-Pierre había salido como Michel de la casa de la calle del Mercado, en cuya esquina topó con el baroncito.

Courtin encontraba á Michel, á Michel que probablemente ya sabía el retiro de su amada, y con el barón, el alcalde de la Logerie estaba cierto de conseguir el fin que se proponía. Atropellando las cosas, podía malograrlas, y por tanto resignóse á perder el lucro de tan buena redada y á tener un poco de paciencia.

Apretó pues el paso, y alcanzando al mancebo díjole: